

PATRICIA

María García Ruiz

La sala de espera es espaciosa y confortable. Estamos sentados desde hace unos veinte minutos. Frente a mí Patricia descansa en su silla, en unas semanas cumplirá seis años.

Bajo la vista y me miro las manos. Intento concentrarme en ellas y respirar. Siempre me ha costado trabajo respirar con naturalidad, pero últimamente es de las pocas vías de escape que encuentro.

Cada día es un nuevo reto que superar y me enfrento a él sola con mi respiración. ¿Sola? A mi lado Elías, mi marido, hojea relajado el periódico. Tiene buen color, en la barba se salpican aquí y allá las primeras canas. También observo una tripita incipiente bajo su inmaculada camisa de rayas. Aún así sigue siendo esbelto y atlético; es su constitución. Es tranquilo y metódico, nada impulsivo. Le conozco tan bien....¿o ya no?. Desde hace años se ha levantado un velo entre nosotros. Quizá sin llegar a ser un muro, se ha convertido en una barrera invisible pero permanente. Me inunda el desasosiego al reconocerlo pero ahora no tengo fuerzas para intentar franquearla, así que ahí sigue, engrosándose cada día un poco más.

Patricia decidió venir al mundo una calurosa mañana de abril. Esto puede hacer pensar en una voluntad férrea por su parte al saltarse los cálculos impuestos por la ciencia, el ginecólogo, su madre, que aún tenía mucho que preparar y su abuela que aún tenía mucho que tricotar. Desgraciadamente ahí quedó su única pataleta por llevar la contraria. A veces existe un punto de inflexión en la vida de las personas en el que el rumbo cambia para siempre. Cómo, tras sentir la felicidad más absoluta al coger a tu bebé en brazos la primera vez, puede suponer el ver tambalearse tu plan de vida, tu relación de pareja, tu carrera...

Pero eso llegó unos meses más tarde, tampoco demasiado tiempo después, ya que los fisioterapeutas, por deformación profesional, tenemos una predisposición a detectar cualquier anomalía que se escape del desarrollo psicomotor normal en el niño. A veces se puede sumar la inquietud propia de una madre capaz de llamar a la fiebre, a una inoportuna amigdalitis, a la tan temida meningitis, y a tantos otros peligros concentrados en enfermedades, accidentes y caídas antes incluso de que se produzcan. Además el caso de Patricia fue muy pronto demasiado evidente incluso para los no iniciados.

Comenzamos a inquietarnos y con las primeras revisiones pediátricas certificamos la evidencia de lo que era más que una sospecha, la confirmación de su Parálisis Cerebral Infantil.. Elías se resistió algún tiempo; su niña, su preciosa princesita en un viaje sin vuelta a un precipicio que le llevaría la vida entera. No es lo que un padre sueña para sus hijos precisamente así que de la fase de estupefacción pasó a la fase de negación y esto nos llevó a una peregrinación de un especialista a otro, desoyendo mi propia opinión profesional. Esto, sumado a la tristeza, y a la falta de comunicación sobre como vemos y afrontamos la enfermedad de Patricia, nos ha abocado irremediabilmente a nuestra actual situación, dos extraños unidos de por vida por un lazo roto que sin embargo adorna todo mi corazón.

Por fin nos hacen pasar. Se trata de un hombre afable y regordete, de pelo cano y barba poblada. Su tono de voz pausado siempre me ha parecido que inspira seguridad en los niños a pesar de su bata blanca. Saluda efusivamente a Patricia y cálidamente a Elías y a mí. Me descubro nerviosa, las manos húmedas, y descargo el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra mientras el ortopeda examina meticulosamente la silla. Exactamente igual que tantas otras veces lo he hecho con mis pacientes y ahora me veo

incapaz de hacer con mi propia hija. Esa silla es para mí un instrumento que la engulle y le impide posar los pies y caminar, pero a la vez el único medio para poder trasladarme con ella a todos los sitios y , en definitiva, a ninguna parte.

Porque, dónde vamos a ir que no hayamos estado ya, a quién vamos a acudir que no nos diga lo que yo ya temía desde el principio.

De hecho, a las últimas consultas he ido a regañadientes, sin esperanza alguna, y sólo arrastrada por la tenacidad de Elías que no dejaba de repetirme la eminencia que era este neurólogo o lo resolutivo que era aquel rehabilitador. A veces mi actitud pasiva se tornaba rabiosa contra él, y como vía de escape le gritaba que era inútil, que tenía que aceptar lo que había. Él siempre tan equilibrado se acercaba a mí y me sujetaba ambas manos. Me hablaba despacio, con paciencia, como cuando hablaba con Patricia, tierno, tranquilizador. Me convence una vez más. Yo también quiero creer.

Salgo de mi ensoñación para secarle la cara a Patricia. Se queda con la boca abierta y se le derrama la saliva. Lo hago suavemente, con pequeños toquecitos en la barbilla porque tiene la piel muy sensible, blanca, bien me ocupo yo de darle siempre crema solar antes de salir. Los ojos color avellana, como los de su padre, miran al infinito, pero momentáneamente se fijan en mí y contengo la respiración. Una vez más espero un indicio en su expresión, algo que me indique que me reconoce, un mínimo gesto en la cara. Pero nada cambia, ni una sola flexión en la piel que me diga que me ubica. La nariz le asoma entre dos pómulos quizá demasiado prominentes. Está muy delgada para disgusto de sus abuelas.

Le recojo un mechón rebelde de su pelo castaño que se le ha soltado del gancho. -¡Ay! Tu padre siempre te lo pone torcido. Pero su expresión es serena, dulce incluso, con sus pestañas tan largas y sus labios de muñeca...salgo de mi ensoñación cuando me doy cuenta de que la pregunta va dirigida a mí:

- Sí, por supuesto, un cojín elevador antiescaras sería lo más adecuado aquí.
- Sí, también queremos otra cincha más ancha que la actual.
- Pero ese calzado no, prefiero que tenga el pie más libre, los mismos que lleva pero un número más
- De acuerdo

Salimos empujando la silla de la clínica y le doy un beso rápido a mi niña.

- Me voy que ya llego justa – y echo a correr hacia la boca del metro, dejándoles ahí, en la mitad de la calle, a mi tesoro y a esa sombra extraña que me parece el hombre que un día fue mi timón.

Ya en el abarrotado vagón, consigo sentarme tras dos estaciones. El ambiente es denso y rancio. La gente vuelve de una intensa jornada laboral y quiero pensar que ese es el problema. En nuestro caso, hacemos encaje de bolillos para ajustar al máximo nuestras respectivas jornadas laborales y poder ocuparnos entre los dos de Patricia. Elías trabaja de mañanas (aunque hoy se ha pedido el día) y yo tengo un horario reducido de tardes.

Aprovecho para sacar la agenda y me sumerjo absorta en las citas de la tarde. Tengo que hacer un parón mental de mi propia vida para situarme en los otros retos, los niños que trato a diario por la misma enfermedad que padece mi hija. La joven estudiante de mi lado se levanta bruscamente antes de la parada y me cierra la agenda de golpe con sus bríos. No la vuelvo a abrir. He memorizado el planning y ésta también es mi parada.

Al entrar en el centro siento la calidez de mis compañeros al saludarme. Se nota que todo el mundo está implicado y disfruta con lo que hace. En el vestuario me encuentro con Sonia, la pedagoga, que me saluda sonriente. - ¿qué tal ha ido? – le cuento lo que nos ha aconsejado el ortopeda. Le conoce de sobra, siempre trabajamos

con él.

Luego me comenta que Miguel, el auxiliar del comedor ha tenido un accidente viniendo a trabajar. - ¡Ay madre!¿ha sido mucho?¿Qué tal está?

- Bueno, ha llamado desde urgencias y todavía le están haciendo pruebas pero el collarín ya se lo han puesto.

- ¿Iba solo?

- Sí, menos mal, acababa de dejar al peque en la guardería. Ha preguntado por ti, creo que le tendrás que reservar un hueco.

- Claro, luego le llamo. ¿Quién ha venido por él?

- La chavalita que les hace las vacaciones, Sara creo que se llama.

- Muy bien, te dejo que me viene Salvador y son superpuntuales.

El gimnasio está justo enfrente, no es muy grande pero está muy iluminado y es confortable. Dispone de todo lo necesario para trabajar con niños, y por si alguna vez tengo que tratar adultos, dos camillas más.

Golpean la puerta toscamente, y sé que ha llegado Salvador. Es un cascabel. Entra en el gimnasio con paso inseguro y meneando vertiginosamente las extremidades superiores para intentar mantener el equilibrio. Desde la puerta, asoma su madre que me saluda con una mano mientras con la otra sujeta a David, el pequeño de la familia. Ellos fueron aconsejados, igual que yo, en darle un hermanito a Salvador que le motivara, que le sirviera de estímulo y le ayudara. Yo no he tenido valor para dárselo a Patricia. ¿De dónde saco la fuerza para pasar otra vez por lo mismo? Aunque esta vez fuera todo bien, me volvería loca durante nueve meses. Por supuesto, David supera con creces la psicomotricidad de Salvador y su madre no para de enumerarme los logros que va consiguiendo al ritmo de un niño normal, ni más ni menos, pero que dados

sus antecedentes con Salvador no dejan de asombrarle e ilusionarle. Después de un breve intercambio de información cierro la puerta. Me giro y descubro que Salvador ha dado la vuelta a los cubos de juguetes y lo tiene todo desparramado por el gimnasio. Aprovecho para trabajar la prensión manual y unas lecciones de orden y urbanidad, que todo es instruir, antes de empezar con los estiramientos.

Debe ser este calor sofocante fuera de su estación, o mi tensión siempre por los suelos, que me agota. Pero desde hace unas semanas me encuentro cansadísima. El martes me hice análisis por si tengo anemia, a la que soy propensa. Son las siete y cuarto cuando Sonia toca la puerta, vaya tarde movidita. Abre y me encuentra en la colchoneta, tirada con Javier que hoy está de que no. La verdad es que no te puedes enfadar con él, tan alegre y jovial como es, siempre más interesado en las cosquillas que en aprender los volteos. Así que he acabado con el uniforme empapado y sin conseguir mi objetivo. Tendremos que pasar sin más al trabajo de los equilibrios. Sonia sonrío:

-Te dejo aquí los análisis, los acaban de bajar. Yo me marchó que me ha fallado el último paciente.

-Ok, muchas gracias.

Javier ha aprovechado mi descuido para arrastrarse bajo la camilla. Aunque sea en plan travieso lo da todo. Tiene la carita colorada y la frente llena de perlititas de sudor. Me levanto a abrir las ventanas. Fuera hace más calor, debido al bochorno, pero por lo menos habrá intercambio de aire. Espero que empiece pronto a refrescar el ambiente. Me doy la vuelta e intento atrapar a Javier para que podamos hacer un trabajo con un mínimo de fundamento. El trato con los niños requiere mucha paciencia, y si tienen necesidades especiales, mucha mano izquierda, ya que a su enfermedad hay que añadir su condición de niño. Nunca me enfado por sus travesuras,

estoy encantada con sus constantes ganas de jugar.

Acabo de despedir a Javier que me ha estampado un beso húmedo en la mejilla, amoroso como es él. Cierro la puerta y abro el sobre distraídamente mientras con los pies amonto las cuñas que han quedado desparramadas por el suelo. Simultáneamente el estómago se me encoge y un sofoco invade mi cuerpo; releo sin dar crédito al significado:” Madre gestante. Derivar a la matrona para control embarazo”. La habitación me da vueltas, tengo que sentarme. Cojo aire, lo suelto, forzando. Me siento. ¿Cómo ha podido ser? Elías y yo...nuestra vida en pareja se ha convertido en dos compañeros con un objetivo común, atender a Patricia,. ¿Cuándo? Me arde la cara. Debe estar equivocado, pertenecen a otra persona. Es imposible. Entonces siento en mi memoria un fogonazo que me lo recuerda iluminando mi turbada mente. No logro recordar la fecha exacta , pero sí que aquella noche yo estaba muy inquieta. Patricia tenía décimas de fiebre y me levantaba a controlarle la temperatura y a darle agua. El día había sido gris, frío, sin luz vital. Yo estaba agotada por el horario encorsetado que nos habíamos fabricado para poder abarcarlo todo. Una de las veces que volví a la cama me abrazó, medio dormido en sueños me llamaba. Busqué calmar mi melancolía y el desasosiego que me consumía. Me acurruqué junto a él intentando hallar consuelo. El calor se convirtió en ardor y esa corriente eléctrica que yo creía enterrada circuló otra vez por mi cuerpo. Después nos dormimos de inmediato y no volví a pensar más en ello ya que de madrugada aún tuvimos que salir corriendo a Urgencias incapaces de controlar la fiebre de Patricia. ¡ Otra vez las malditas anginas!

¡Pero si yo tomo la píldora! O tomaba, mas bien. No recuerdo cuándo había decidido que no tenía ningún sentido tomarla, ni si lo dejé por desidia...claro, esto lo explicaba todo.

Bajo la vista y releo los informes inequívocos: ¡si es que estoy de tres meses!

¿En qué mundo he estado viviendo yo para no haberme dado cuenta antes de algo así? ¿cuándo fue la última vez que tuve el período? No lo sé. Lo que sí sé con exactitud es cuándo tuvo Patricia su última infección, cuándo le di el último jarabe, cuándo pasó mala noche...¿y mientras tanto dónde he estado yo todo este tiempo? Detrás de mi muralla. La barrera que tapa mis necesidades, mi cuerpo que clama por explotar bajo mi uniforme. Bajo el pantalón y observo toda la goma marcada surcando mi vientre de lado a lado. ¿Cómo lo voy a hacer? ¿Cómo lo vamos a hacer? ¿Cómo se lo digo a Elías? ¿Cómo reaccionará? ¿Y Patricia? Ana, nuestra psicóloga, siempre asegura a las familias que otro bebé puede ayudar, dar equilibrio. Pero, ¿a quién? ¿A los padres o al paciente? ¿Cómo compaginarlo todo? Me levanto de golpe, tengo que beber agua, siento la garganta seca, las axilas empapadas. El líquido me refresca por dentro pero me revuelve más el estómago, ¿es la noticia o ya lo tenía revuelto días atrás? No lo recuerdo, creo que he comido normal pero tampoco lo podría asegurar. Y en el trabajo no he sentido nada especial. Ayer con Imanol estuvimos trabajando muy duro. Con la fuerza que ha ganado hicimos un trabajo muy intenso aprovechando que estaba muy centrado. Yo no noté nada especial...Ahora tengo la evidencia: otro bebé.

Recuerdo cuando empezamos Elías y yo. Hablábamos siempre de los niños que tendríamos, nos veíamos rodeados de chiquillos. Y si no nos venían, los adoptaríamos, nada nos detendría. Siempre nos han encantado los niños, es por eso que estoy tan contenta en mi trabajo, rodeada de niños, de otros niños. Y luego está Patricia, que nos llena todo el tiempo y nos cubre la necesidad de amar. No se puede querer más a nadie. Los demás hijos, han quedado todos concentrados en ella. Nuestras ilusiones, nuestro futuro, volcado todo en ella.

Paso mi mano por mi vientre y trato de sentirle, noto que me sonrío desde dentro. Percibo su calidez y me cubro bien con la camiseta de algodón, que me parece

más suave que nunca, en un gesto de protección.

Llego media hora más tarde de lo habitual al portal, y eso que he venido directamente, como una autómatas. No sé en qué me he demorado, absorta en mis pensamientos y sopesando la reacción de Elías, seguramente. Sólo sé que no he dejado de acariciarme la tripa ni cuando estaba agarrada a la barra del metro. Subo y abro la puerta con mano temblorosa, cada vuelta de llave más cautelosa que la anterior, en una mezcla de inquietud y ansiedad. Dejo caer el bolso en la entrada y despacio me dirijo a la cocina. Patricia está en la mesa y Elías, de frente a ella, ni me ha oído llegar, atareado en darle la cena: - Venga princesa, otra más; qué rico está todo, ¿eh? La última, tesoro. Se inclina hacia ella y le limpia la comisura de los labios dándole unos suaves golpecitos con la servilleta. - Ahora un poco de agua. Nota mi presencia, alza la vista y me encuentra en el umbral de la puerta, desencajada. Sus ojos se entornan reflejando preocupación. Se levanta con cautela. - ¿Qué pasa? ¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido? Y ahora sí, avanza de prisa hacia mí y me rodea con sus brazos. Me acaricia el pelo suavemente. Hundo mi cabeza en su pecho y en ese abrazo tan conocido rompo a llorar por nosotros, por Patricia, por esas lágrimas que ella nunca derramará, por la emoción, por saber que ahora sí, sé que he llegado a casa.